

CENTENARIO DE LA MUERTE DE MARIA ANTONIETA. (16 DE OCTUBRE DE 1793.)

MARIA ANTONIETA.

Entre la muchedumbre de héroes y mártires sacrificados por las pasiones revolucionarias durante la época del Terror, destacóse majestuosa la trágica figura de María Antonieta. Ella fué la personificación del antiguo régimen, tuvo la conciencia de su grandeza, y rió el culto hasta el último momento á los blasones de su raza: supo llevar su corona de mártir como antes había llevado su corona real, y fué Reina en el cadalso como lo había sido en el trono. Juntábanse en su semblante la gracia con la altivez; sus labios, un tanto abultados y desdentados, formados parecían para dar órdenes; sus claros ojos tenían á veces el brillo revelador de las grandes pasiones, á veces la serenidad angusta que sabe contemplar fijamente la desgracia. Su severo perfil, su frente elevada, su talle esbelto y su andar gallardo, revelaban la distinción aristocrática y altiva que fué siempre sello distintivo de la Casa de Austria.

Más digna de admiración que en su espléndida corte de Versalles, rodeada de respeto y de adulaciones, parecían en los negros días de su desgracia, cuando, encerrada en la Torre del Temple, miraba con ojos velados por el llanto el cielo para ella y los suyos implacable, al través de los hierros de la reja, ó cuando vencida, pero no humillada, comparecía ante sus miserables jueces, ó cuando, finalmente, rodeada del populacho y por él escarnecida, avanzaba serena camino de la muerte. El suplicio pudo arrancarle la corona, pero no pudo arrebatarle la aureola de la majestad.

ó deberán ser, motivo de atenuación las circunstancias, verdaderamente terribles, que rodeaban en París á las personas reales. La inminencia de un peligro que de día en día aumentaba, decidió á la Real Familia á abandonar su Palacio de las Tullerías, cruzar una gran parte de Francia é ir á buscar en Luxemburgo una seguridad que no existía para ella en la capital del Reino. Habían recorrido, como ya he dicho, sesenta leguas; las tropas de Boulié, protectoras de la fuga, custodiaban el camino; se creían ya en salvo los regio viajeros; veían tal vez desde las ventanillas del carruaje la tierra extranjera que era en aquellos momentos puerto seguro de salvación, cuando un acontecimiento casual vino á destruir sus esperanzas al tocar casi la orilla hospitalaria. Dios no lo quiso. Estaba ya sin duda decretado por la Providencia, que la revolución había de mancharse con la sangre de los Reyes. Un hijo del maestro de postas de Sainte-Menehould, llamado Drouet, antiguo soldado, vió á través del vidrio del coche el rostro del Monarca; aquella cara despertó sus sospechas, advinió el propósito del Rey, y resuelto á impedir la fuga, tomó por un atajo que abreviaba considerablemente la distancia desde Sainte-Menehould hasta Varennes, y llegando á esta localidad antes que el coche en que iban las personas Reales, avisó á algunos patriotas, se apostaron todos en el camino por donde había de pasar la silla de postas, interceptando la ruta con una carreta á propósito volcada. Detenido el coche Real, los patriotas, acompañados del síndico de Varennes, el tendero Saucé, exigieron á los viajeros la presentación de los pasaportes; pero aunque éstos estaban corrientes, la turbación de las damas y las vacilaciones del Rey confirmaron las sospechas de Drouet y de sus acompañantes, quienes obligaron á los fugitivos á apearse del carruaje, conduciéndolos á casa del síndico. En tanto la noticia, á pesar de la hora (media noche), había extendiéndose por la población; los patriotas rodeaban la casa de Saucé; las campanas tocaban á rebato, y la Guardia Nacional acudía á evitar que se realizase el propósito de los Reyes. La noche pasó en medio de terribles angustias para la Reina. En vano fué que se arrojase ante los pies del tendero, y que, en nombre de sus hijos y en nombre de Dios, le pidiese que no pudiese obstaculizar á la marcha; inútiles fueron también los sollozos de los príncipes, que lloraban al ver llorar á su madre, y las palabras del Rey y los ruegos de su hermana. Iba á ceder ya el espejero, vencido por aquellas súplicas, cuando su mujer, encarándose con la Reina, le dijo: —Señora: quiséramos seros útil; pero vos pensáis en el Rey y yo pienso en mi marido. Desolada la Reina, comprendiendo que toda esperanza estaba perdida; amedrentada de tener que regresar á París; pensando con espanto en el Calvario de sesenta leguas que

esperaba á ella y á los suyos, pasó el resto de la noche ahogando sus sollozos en el pecho de sus hijos, y escuchando el ruido, cada vez mayor y preñado de amenazas, que aumentaba de hora en hora, bajo los balcones de la casa del espejero. «Todas sus pasiones de mujer, —dice Lamartine, —de madre, de Reina; la cólera, el terror y la desesperación, combatieron de tal modo el alma de María Antonieta, que sus cabellos, rubios la víspera, eran blancos al día siguiente.» III El regreso de la Real Familia á París fué un continuado martirio. Los pueblos acudían en tropel á ver pasar, poco á poco, á los príncipes, á los sorprendidos fugitivos. Algunas veces llegaban hasta los viajeros los soeces insultos de la multitud. Un noble anciano que intentó acercarse á sus Reyes para ofrecerles sus respetos, murió asesinado bajo las ruedas mismas del coche. Cerca de Eprenay, Bataillon y Pethion, comisionados de la Asamblea, se unieron á las personas reales, tomando asiento en el carruaje. A medida que los Reyes se acercaban á la capital de Francia, la muchedumbre era más numerosa y se mostraba más hostil; á menudo la escuadra que rodeaba la silla de posta, tenía que cargar sobre el pueblo, que interceptaba el camino. La humillación de Luis XVI y de sus esposas fué en aumento al cruzar las calles de la gran ciudad. En los baluartes, en las esquinas, en todas partes se habían fijado carteles, en los que se le decía: *Al que aplauda al Rey se le aplacará; el que le insulte será ahorcado.* El pueblo, fiel á la consigna, guardaba un silencio sombrío; por en medio de aquella muda cólera avanzaba el carruaje hacia las Tullerías. El Rey, tranquilo y silencioso, contemplaba sin provocación y sin odio el frío aspecto de la multitud; María Antonieta dominaba su amargura y su humillación, imposible como el Rey, y sin deponer un momento su regia y altanera dignidad. Era el día 25 de Junio: caía ya el sol cuando los viajeros entraron en el jardín de las Tullerías. ¡Cuán tristes debieron parecer á la Reina aquel palacio, teatro en otro tiempo de su grandeza, aquellos servidores asustados, aquellas tropas sombrías, aquel pueblo colérico que rodeaba la regia estancia! ¡El palacio apareciósele como dorada prisión, antesala del negro calabozo en que la hija de María Teresa había de pasar los últimos días de su desdichada existencia! IV A partir de aquel día, la situación de la Familia Real fué semejante á la de una nave agitada por los vientos de tempestad; las pasiones, cada vez más enardecidas; el Rey cada día más odiado, y más engreída á cada momento la chusma. Desde las ventanas del palacio solían ver los Reyes los ademanes coléricos con que el pueblo los amenazaba y oían las injurias con que la revolución se amontonaba denuesto sobre denuesto, y excitaba las iras del populacho. Este, perdido todo respeto

de esposa y de madre, y allí, en aquella triste prisión, fué la suprema despedida del Rey, cuando el Monarca partió camino del suplicio. Pero aún podía aumentarse el tormento de aquella Reina sin ventura. La prisión del Temple pareció demasiado cómoda ó poco segura. María Antonieta fué conducida á uno de los más inmundos calabozos de la Conserjería. La puerta de aque la mazmorra debía permanecer siempre abierta, á fin de que ninguno de los actos de la prisionera pasase inadvertido á sus guardianes. Ni el respeto al poder de la mujer fué concedido á la Reina. En aquellas horribles horas consolaba María Antonieta sus desdichas trazando dolerosas inscripciones en las húmedas paredes de su cárcel. El 13 de Octubre fué el feroz Fouquier-Thiville á notificarle la acusación. Al día siguiente compareció ante el tribunal revolucionario. La sala estaba atestada de una multitud ansiosa de contemplar la majestad humillada: todas las miradas revelaban odio, ninguna piedad. Herman, que presidía, preguntó á la Reina: —¿Cómo os llamáis? —María Antonia de Lorena de Austria. —¿Vuestro estado? —Viuda de Luis, hasta poco ha Rey de los franceses. —¿Cuál es vuestra edad? —Treinta y siete años. Fouquier-Thiville leyó ante el tribunal el acta de acusación. Era un atestado infame, lleno de injurias y calumnias, un resumen repugnante de todas las bajezas que lo más infimo del populacho prepalaba y difundía. Hebert, á quien el destino le deparaba el cadalso, formuló contra María Antonieta un cargo que la pluma se resistía á indicar. Acusóla el infame de haber depravado á su hijo —con la intención de enervar el alma y el cuerpo del niño. La Reina no contestó á tan horrible calumnia. Un jurado reprodujo la pregunta de Hebert. —Apelo —dijo María Antonieta— á todas las madres aquí presentes. Las turbas desarrapadas que llenaban la sala, sintieron un estremecimiento de horror hacia el miserable acusador. Tras breve deliberación, los jueces dictaron la terrible sentencia. La Reina oyóla en silencio, y ni una sola palabra pronunció en su defensa. VI Al mediar el día 16 de Octubre se oyó, entre el mar de gente que se agolpaba á las puertas de la Conserjería, resonar los gritos de: *¡Viva la República!* Abrióse ancha calle en medio del gentío, y apareció, rodeada de guardias á caballo, la carreta, en la cual, vestida de blanco, cuidadosamente ataviada y con las manos sujetas á la espalda, iba María Antonieta. Como la carreta se bamboleaba á causa del empujador, y la Reina guardase á duras penas el equilibrio, uno de los concurrentes le gritó: «No son esos los almohadones de las Tullerías.» Lentamente recorrió la comitiva el largo trecho que separaba la prisión del cadalso. Al pasar la carreta por enfrente de las Tullerías, tuvo el conductor el cruel refinamiento de detenerse ante aquel palacio, tan lleno de recuerdos para la Reina mártir. María Antonieta fijó su vista tranquila en el teatro de sus grandezas, y un suspiro salió de sus labios, una lágrima asomó á sus ojos. «Subió —dice un historiador— las escaleras del cadalso con majestad; ya en el tablado, pisó inadvertidamente el pié del ejecutor, y dijo: «pardoname», con igual timbre de voz que hubiese empleado para uno de sus cortesanos. Se arrojó; oró un momento. Luego se levantó, y dijo, mirando á las Torres del Temple: «Otra vez me despidió de vosotros, hijos míos: voy á reunirme con vuestro padre. . . . Momentos después, la cabeza de la Reina cayó, separada del tronco, en el cesto de la guillotina. El verdugo la mostró al pueblo, y

la turba regocijada lanzó el grito frenético de: *¡Viva la República!* María Antonieta en Trianon. U N día del año 1774, el Rey, galante aquel día, había dicho á la Reina, quizá para consolarla de no haber entregado el Ministerio á Mr. de Choiseul: —¿Te gustan las flores?; Está bien! Te ofrezco un ramillete: es el Petit Trianon. El Petit Trianon estaba en un extremo del parque del Grand Trianon, era un pabellón á la romana, de forma cuadrada. Esta miniatura de palacio, que no tenía más de dos tocosas de largo en cada uno de sus frentes, componíase de un piso bajo y de dos pisos apoyados en columnas y pilastras de órden corintio, gallardamente floridas; á perfección estriadas, y que coronaban los balaustrados de una terraza italiana. El arquitecto Gabriel había levantado bajo la dirección del marqués de Menars. El escultor Guibert hizo maravillas con su cincel. El Rey, el anciano Rey Luis XV, se apasionó, en sus últimos años, de este rincón de su gran Versalles. Complacióse en formar un jardín botánico, y allí, en medio de los mil perfumes y colores de la flora exótica, casi ignorada por entonces en Francia, paseaba con menudos pasos los días siguientes á sus orgías, y procuraba distraer sus fatigas herborizando con el duque de Arden. Ningun regalo podía ser más agradable á María Antonieta, á esta amiga del campo y de las flores, á esta Reina que, á todos los esplendores y galas de Marly, prefirió el invernadero establecido por el conde de Aranda. Y, por feliz oportunidad, llegaba este presente en el momento en que María Antonieta renunciaba á la lucha, huida de intrigas abandonada sus ambiciones y esperanzas, confesándose así á uno de sus servidores: «Mr. de Maupeou es muy indolente; Mr. de Vergennes es mediocre; pero el temor de equivocarme acerca de personas que quizá sirven mejor de lo que creo, al Rey, me impedirá siempre hablarle contra sus ministros. . . .» El Petit Trianon distraería á esta Reina sin negocios, á esta mujer sin hijos, sin casa. Emplearía en él su vida, el placer y el ejercicio de su juvenil actividad, sus distracciones, su trabajo. ¡Crear, añadir, embellecer, agrandar, tener bajo su varita mágica un pueblo de artistas, de jardineros, un agradable Ministerio, casi un reino!, y como fin de este pasatiempo y de sus esfuerzos, fundar una pequeña patria, su obra, su pequeña Viena! La época y el gusto de entonces estaban por estas manumisiones de la naturaleza, por esas reconstituciones del campo que trataban de hacer del parque francés un país de ilusiones, llenándolo de cuadros, tras portando allí todas las mutaciones de las óperas. Las Observaciones sobre el arte de formar los jardines modernos, publicadas en Inglaterra por sir Thomas Wathely, desenvolvieron este gusto, y toda casa de verano exigía como marco un jardín pintoresco, llamado «jardín chino». La Reina tenía una grande ambición, la ambición de hacer aún más de lo que hasta entonces había hecho la moda contra lo nuestro, de vencer en gracia y en la verdad del paisaje al Tivoli de Mr. Boutin, Ermensville, y el Moulin-Joli y Moneau mismo; ejecutar proyecto de una Reina que hata del Trono, que quería tener á su alrededor una corte sin etiqueta, y que, entregando la realza á la humanidad, deseaba consagrar los jardines á Dios! El duque de Caraman, gran aficionado á este género, y que había ya casi realizado las ideas de la Reina en sus tierras de Roissy, fué llamado por María Antonieta para dirigir los trabajos. En seguida acudió Mr. de Caraman; el arquitecto Mique, dibujante mitológico del Bliseo de este nuevo Reino; después el adorable pintor de románticas ruinas, Hubert Robert, llamado más tarde para la decoración rústica, improvisaron en el papel, ante la misma Reina, la campiña que les había encargado: los árboles, el riachuelo, las rocas y también la sala de espectáculos. Aquí un